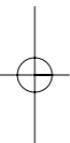


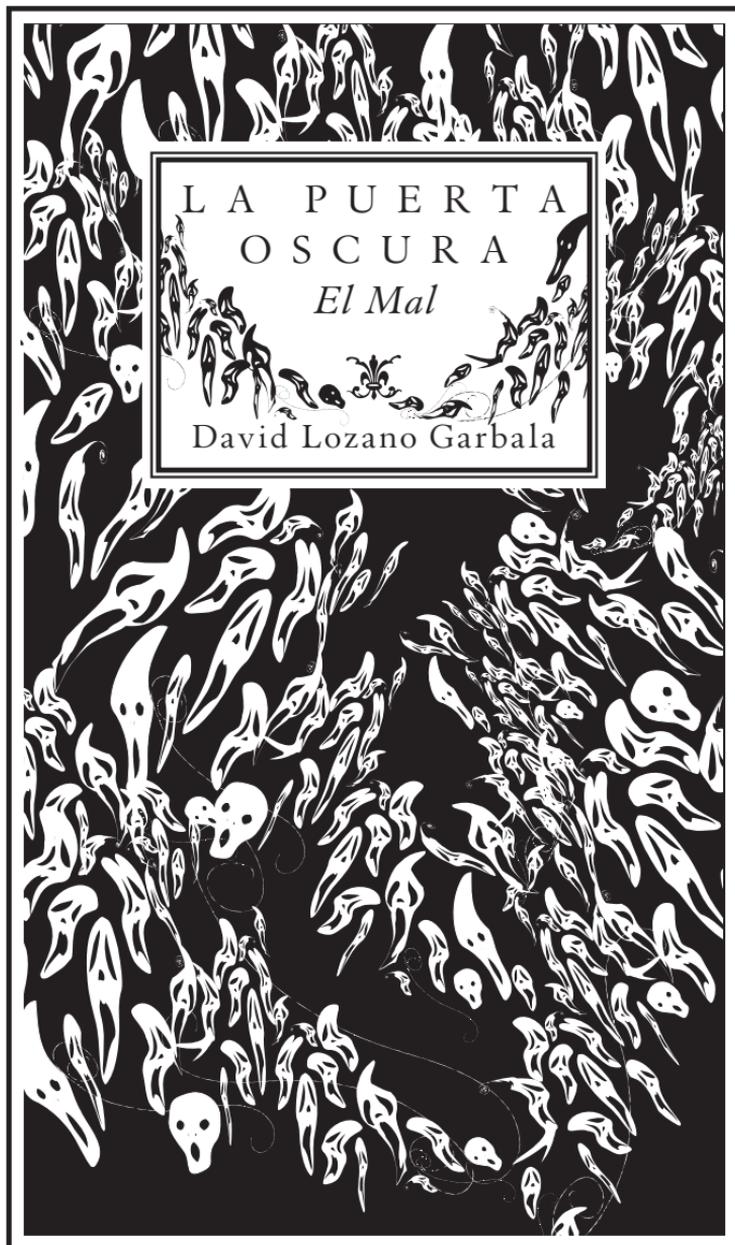


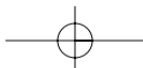
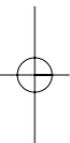
LA PUERTA
OSCURA

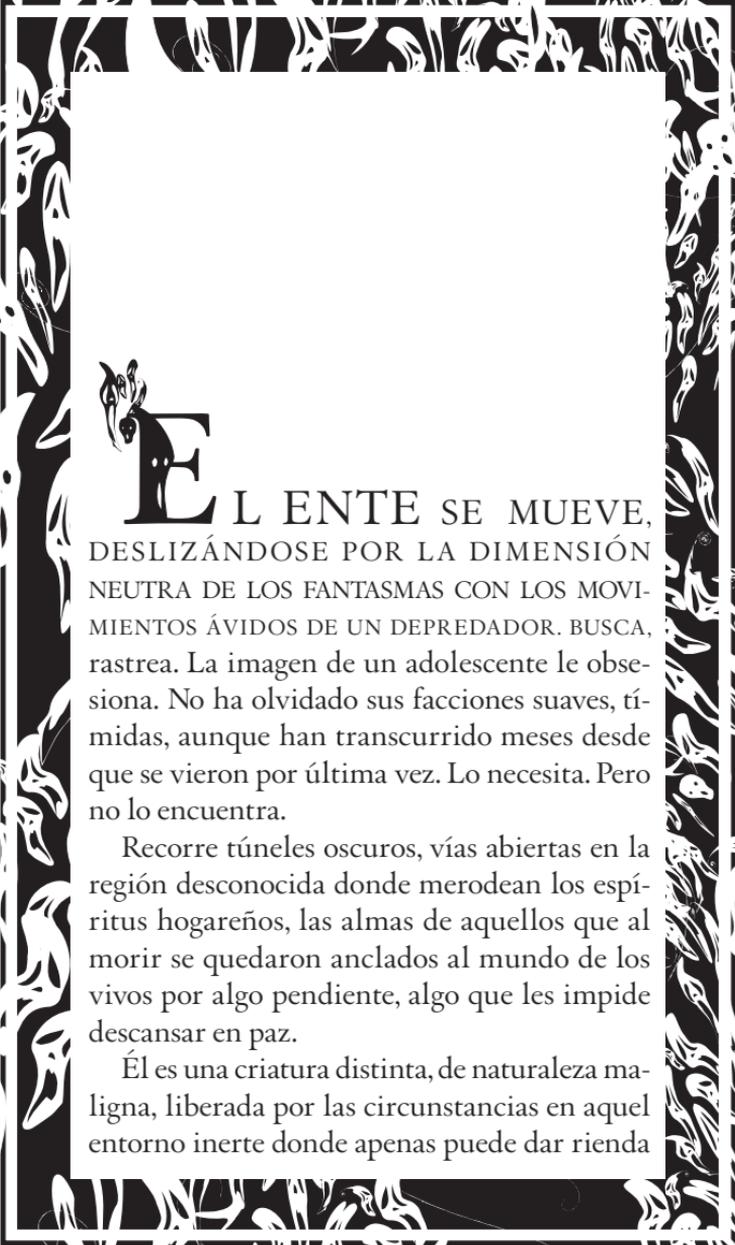


El Mal





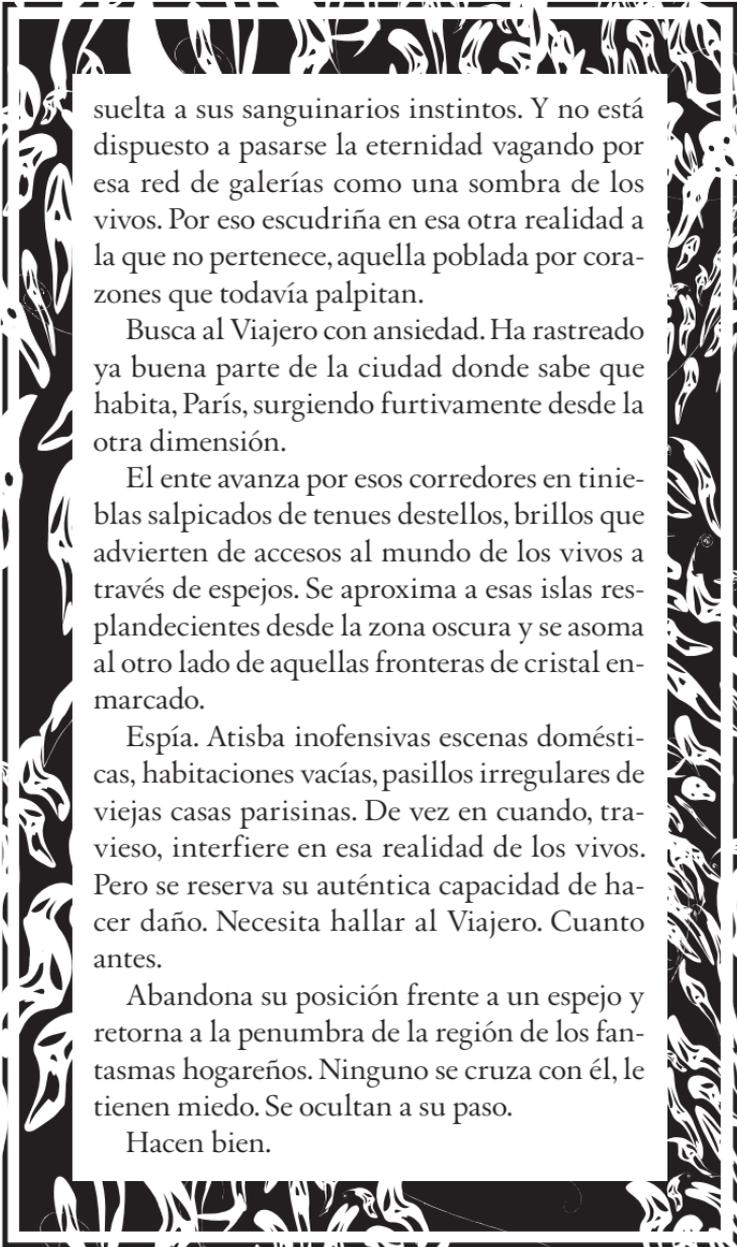




EL ENTE SE MUEVE,
DESLIZÁNDOSE POR LA DIMENSIÓN
NEUTRA DE LOS FANTASMAS CON LOS MOVIMIENTOS ÁVIDOS DE UN DEPREDADOR. BUSCA, rastrea. La imagen de un adolescente le obsesiona. No ha olvidado sus facciones suaves, tímidas, aunque han transcurrido meses desde que se vieron por última vez. Lo necesita. Pero no lo encuentra.

Recorre túneles oscuros, vías abiertas en la región desconocida donde merodean los espíritus hogareños, las almas de aquellos que al morir se quedaron anclados al mundo de los vivos por algo pendiente, algo que les impide descansar en paz.

Él es una criatura distinta, de naturaleza maligna, liberada por las circunstancias en aquel entorno inerte donde apenas puede dar rienda



suelta a sus sanguinarios instintos. Y no está dispuesto a pasarse la eternidad vagando por esa red de galerías como una sombra de los vivos. Por eso escudriña en esa otra realidad a la que no pertenece, aquella poblada por corazones que todavía palpitan.

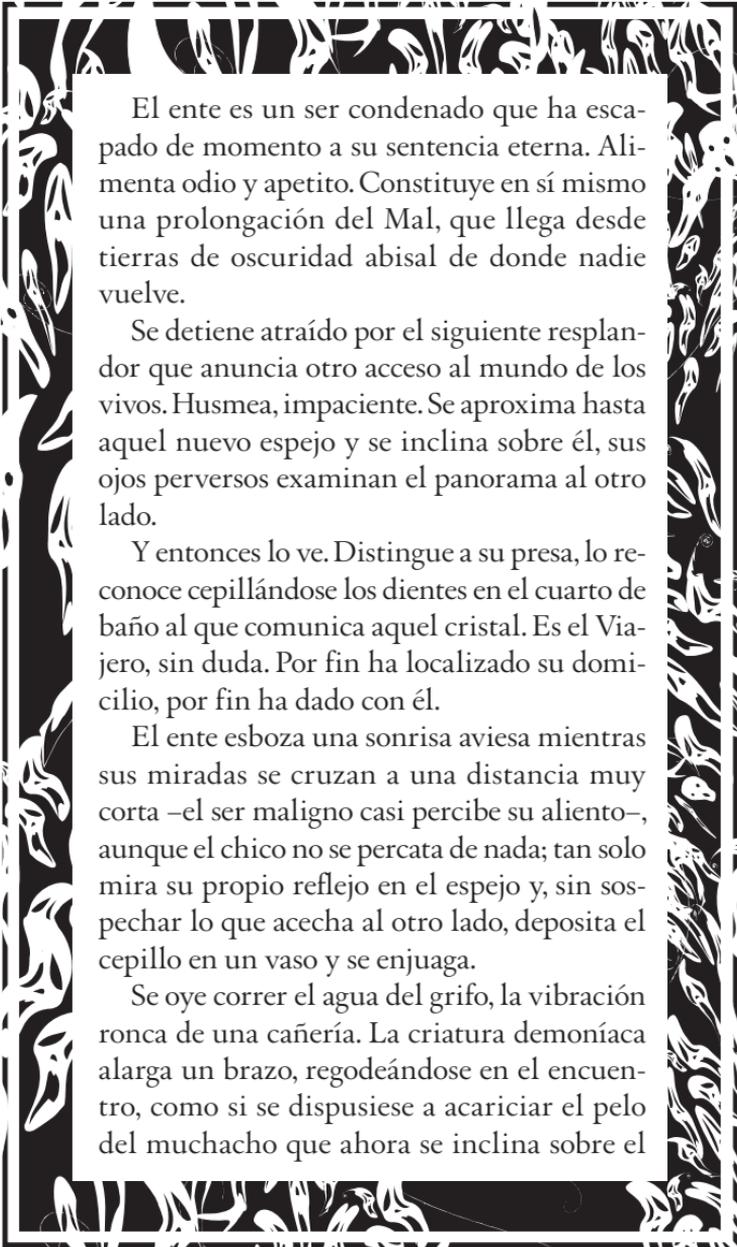
Busca al Viajero con ansiedad. Ha rastreado ya buena parte de la ciudad donde sabe que habita, París, surgiendo furtivamente desde la otra dimensión.

El ente avanza por esos corredores en tinieblas salpicados de tenues destellos, brillos que advierten de accesos al mundo de los vivos a través de espejos. Se aproxima a esas islas resplandecientes desde la zona oscura y se asoma al otro lado de aquellas fronteras de cristal enmarcado.

Espía. Atisba inofensivas escenas domésticas, habitaciones vacías, pasillos irregulares de viejas casas parisinas. De vez en cuando, travieso, interfiere en esa realidad de los vivos. Pero se reserva su auténtica capacidad de hacer daño. Necesita hallar al Viajero. Cuanto antes.

Abandona su posición frente a un espejo y retorna a la penumbra de la región de los fantasmas hogareños. Ninguno se cruza con él, le tienen miedo. Se ocultan a su paso.

Hacen bien.



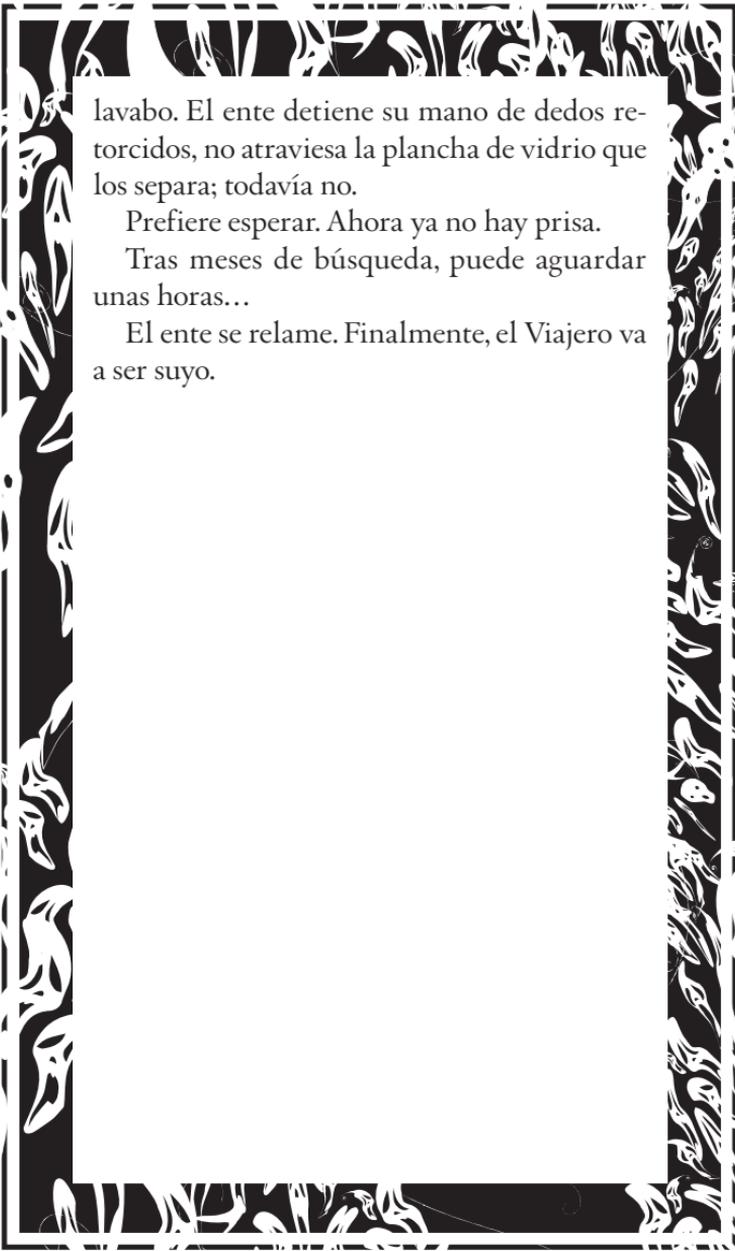
El ente es un ser condenado que ha escapado de momento a su sentencia eterna. Alimenta odio y apetito. Constituye en sí mismo una prolongación del Mal, que llega desde tierras de oscuridad abisal de donde nadie vuelve.

Se detiene atraído por el siguiente resplandor que anuncia otro acceso al mundo de los vivos. Husmea, impaciente. Se aproxima hasta aquel nuevo espejo y se inclina sobre él, sus ojos perversos examinan el panorama al otro lado.

Y entonces lo ve. Distingue a su presa, lo reconoce cepillándose los dientes en el cuarto de baño al que comunica aquel cristal. Es el Vajero, sin duda. Por fin ha localizado su domicilio, por fin ha dado con él.

El ente esboza una sonrisa aviesa mientras sus miradas se cruzan a una distancia muy corta –el ser maligno casi percibe su aliento–, aunque el chico no se percata de nada; tan solo mira su propio reflejo en el espejo y, sin sospechar lo que acecha al otro lado, deposita el cepillo en un vaso y se enjuaga.

Se oye correr el agua del grifo, la vibración ronca de una cañería. La criatura demoníaca alarga un brazo, regodeándose en el encuentro, como si se dispusiese a acariciar el pelo del muchacho que ahora se inclina sobre el



lavabo. El ente detiene su mano de dedos re-
torcidos, no atraviesa la plancha de vidrio que
los separa; todavía no.

Prefiere esperar. Ahora ya no hay prisa.

Tras meses de búsqueda, puede aguardar
unas horas...

El ente se relame. Finalmente, el Viajero va
a ser suyo.



AUNQUE todavía quedaba lejos la hora de levantarse para ir a clase, Pascal Rivas estaba ya despierto. Permanecía sobre la cama con los ojos cerrados, su delgada figura tendida en una postura cómoda, meditando. El día anterior había tomado una decisión trascendental que le hacía recuperar una incómoda ansiedad: interrumpir la cuarentena impuesta por Daphne, la pitonisa, desde que retornara del Más Allá tras su último viaje.

Sí, mantener durante unas semanas la rutina del *lycée* había sido una buena idea para evitar llamar la atención de la policía tras todo lo sucedido en los meses previos; pero Pascal no soportaba más aquella postiza tranquilidad que todos aparentaban, ese anodino discurrir de sus días de estudiantes que en realidad ya no existía. Por mucho que lo pretendiesen,

aquel retorno a sus vidas anteriores resultaba artificial; nunca volverían a ser los mismos, y procurarlo era como renegar de su propia naturaleza: una tarea ardua, pero sobre todo inútil.

Además, como señalara la vidente, él era a fin de cuentas quien ostentaba el control como Viajero, él era quien debía determinar cuándo volver a ejercer su rango. Y había llegado el momento, se lo pedía su mente... y también su cuerpo. Recordó a la hermosa Beatrice, sus transparentes ojos rasgados bajo el cabello castaño, su cuerpo estilizado, su voz dulce. Necesitaba volver a ver a esa chica que aguardaba en el Más Allá, a pesar del conflicto íntimo que su presencia generaba en él debido a los sentimientos que continuaba albergando por Michelle, su mejor amiga en el mundo de los vivos. Otro tema pendiente.

Necesitaba iniciar un nuevo viaje a la Tierra de la Espera.

Estaba decidido. Ese mismo día acudiría al local de la Vieja Daphne para comunicarle que había llegado la hora de cruzar de nuevo la Puerta Oscura. Hacerlo entrañaba riesgos, claro. Acceder al Mundo de los Muertos no era una excursión inofensiva, pero Pascal ya no podía eludirla por más tiempo. Había asumido su condición de Viajero y ahora experimentaba la poderosa llamada de la Puerta.

Jules Marceaux, que como gótico le había ido preguntando al respecto durante aquellas semanas, no podía disimular que también estaba deseoso de asistir una vez más al espectáculo desplegado con la apertura de la Puerta Oscura. Su afición a la noche, a lo

siniestro, era más fuerte que la prudencia. Michelle, sin embargo, y aunque compartía con su amigo Jules la filosofía gótica, se mostraba mucho más comedida, tanto por todo lo que había sufrido en aquella otra dimensión cuando fue raptada, como por el hecho de que ahora se estaba planteando salir con Pascal –o al menos eso creía este–, lo que le llevaba tener más en cuenta los riesgos. Incluso como simple amiga, le preocupaba lo que pudiera pasarle al joven español en el Otro Mundo.

Aun así, la atracción ante la incógnita del Más Allá los embargaba a todos. Incluso a Dominique, el más racional de todos los amigos, que en el fondo también deseaba conocer más detalles sobre aquel otro espacio inerte. Pascal estaba convencido de ello. El aura mística de la Puerta Oscura los poseía; de alguna manera, en cuanto alguien entraba en su horizonte de sucesos, sufría una especie de atracción hipnótica. El hecho de que merodear en torno a ese umbral misterioso supusiese jugar con fuego resultaba irrelevante.

Pascal detuvo sus reflexiones de forma súbita. Algo había acariciado su mano, que colgaba fuera de la cama. Lo habría jurado. Se quedó quieto, sin atreverse a abrir los ojos. ¿Tal vez estaba medio dormido, y lo había soñado?

Tragó saliva. Otra vez aquel cosquilleo juguetón entre los dedos. A Pascal casi se le detuvo el corazón. No estaba solo. El pánico le impidió apartar el brazo, como si delatar su estado insomne pudiera provocar algo peor. Pero lo que verdaderamente le puso un

nudo en el estómago fue sentir sobre el rostro, segundos después, una corriente tibia de aire.

Delicada, suave. La ráfaga tenue recorría su cara y agitaba su flequillo, podía percibirlo. Era un aliento.

Alguien –o algo– soplaba encima de él.

Pascal no aguantó más la incertidumbre y abrió los ojos de golpe. Solo alcanzó a ver una silueta de baja estatura que se ocultaba bajo su cama entre carcajadas infantiles. Aquellas risas congelaron su rostro, no pudo evitar traer a su memoria la imagen de Marc, el ente demoníaco que liberase por error al volver de su último viaje al Más Allá. Un escalofrío se deslizó por su espalda. Aun así, no quiso precipitarse; tal vez se trataba de un simple fantasma hogareño que acudía para transmitirle algún mensaje como Viajero.

Pascal dirigió la vista hacia el armario de su dormitorio, que contaba con un espejo en la cara interior de una de sus puertas. En efecto, el mueble estaba abierto. La posibilidad de que fuese un espíritu hogareño ganaba enteros. Algo había entrado por allí a su habitación.

El Viajero procuró recuperar un pulso normal. «Los hogareños no son agresivos», se dijo, controlando la respiración. A continuación, se incorporó, modificó su postura para sentarse sobre el colchón y, después, se impulsó hasta apoyar –no sin titubear antes, ¿acaso no podía volver a salir aquel espectro por cualquier extremo de la cama?– los pies desnudos en el parqué.

Pascal imaginó cómo unos ojos siniestros estudiaban sus propios tobillos desde el resquicio que,

a la altura del suelo, dejaban libre los flecos colgantes del edredón. Apartó de sí aquella imagen inquietante. Sus fantasías podían convertirse en su peor enemigo.

Ahora llegaba lo más difícil, lo más desasosegante: agacharse para comprobar si aquella presencia continuaba bajo la cama. Suspiró.

—¿Hola? —saludó sin mucha convicción, con el anhelo de que aquel presunto espíritu ni se asomara ni estuviese, evitándole el riesgo de aquel último movimiento tan vulnerable.

Nada, como era previsible. No hubo respuesta.

Con lentitud, Pascal se puso de rodillas frente al lecho, repitiéndose, como un niño que se enfrenta a solas con la oscuridad, que no ocurría nada. Que no iba a ocurrir nada. Procuraba convencerse para no perder la entereza que requería su actuación.

Comenzó a inclinarse hacia la grieta oscura que se abría bajo el somier, medio oculta por el telón de las sábanas algo sueltas. Lo hacía a cierta distancia, por si acaso. Contempló el medallón que siempre llevaba al cuello y que ahora, por culpa de su posición, colgaba balanceándose en el aire. Lo agarró para colocarlo de nuevo bajo su camiseta.

Estaba helado.

«Joder», alcanzó a pensar mientras un sudor frío empezaba a empaparle el cuerpo. Ahora tenía claro que había cometido un error subestimando aquella aparición. Tendría que haber cogido su arma, la daga del Viajero capaz de dañar carne muerta, antes de aproximarse.

Paralizado, no lograba apartar de su mente el hecho de que su talismán solo se enfriaba ante la cercanía de alguna criatura maligna. No. Ya no había duda, por tanto, del propósito hostil que arrastraba aquel visitante de madrugada.

El problema era que él se encontraba frente al lugar donde se había ocultado aquel espíritu. ¿Tendría todavía margen para alejarse y alcanzar su daga? ¿Le permitiría la suerte llegar de un salto hasta el pequeño mueble donde la guardaba? Comenzó a separarse de la cama paulatinamente, con ánimo de no alertar al ser que aguardaba agazapado frente a él, aunque aquella cautela no sirvió de mucho cuando un brazo pequeño surgió de improviso de la brecha negra y cayó sobre él sin darle tiempo a reaccionar, agarrándolo del cuello con una energía insospechada.

Pascal intentó apartarse, se revolvió luchando por liberarse de aquellos dedos de niño que se incrustaban en su garganta con fuerza de adulto. Ni con sus dos manos lograba zafarse de aquel cepo de piel joven que le impedía tomar aire.

El pulso silencioso continuaba, solo delatado por los pequeños golpes secos que el cuerpo de Pascal provocaba en el suelo con sus frenéticas contorsiones. El oxígeno empezó a faltarle, su rostro congestionado se volvía hacia la puerta de su cuarto, incapaz de emitir sonidos inteligibles o, por lo menos, audibles.

Solo salían de sus labios gemidos ahogados. No podía pedir ayuda.

A su espalda, las puertas del armario se habían abierto más, como esperándole.

Pascal continuaba resistiéndose a aquella extremidad que se perdía en la zona oculta bajo la cama, cada vez con menor impulso. Tuvo una idea, algo desesperada. Sin mirar, estiró un brazo hacia el cajón de la mesilla, que por fortuna estaba a su alcance, hasta tocar el tirador. Su visión, mientras tanto, empezaba a enturbiarse, pero no detuvo su iniciativa, del mismo modo que su atacante no reducía la presión de sus manos.

El chico insistió en maniobrar con su mano libre. Empujó hasta que el cajón quedó completamente abierto, y entonces forzó la postura para introducir los dedos en el interior y comenzar a revolver con el rastro indiscriminado de un ciego. Tanteaba los objetos y los descartaba al identificarlos, para proseguir su búsqueda sin pérdida de tiempo.

El Viajero veía cada vez peor, y unos primeros vahídos le advirtieron de que estaba a punto de perder la consciencia. Disponía de muy poco tiempo antes de quedar a merced de aquel inesperado visitante.

Al fin halló lo que buscaba, el tercero de los instrumentos del Viajero junto con la daga y el talismán: se trataba del brazalete que atenuaba los latidos del corazón, acababa de reconocer su perfil curvilíneo y su tacto neutro. Lo atrapó sin pérdida de tiempo y, atrayéndolo hacia sí, ya con el balanceo de un borracho a punto del desmayo, consiguió ponérselo en la muñeca.

En el instante en que aquella pieza de metal entró en contacto con su piel, los dedos que estrujaban su

garganta perdieron empuje, aflojaron su cerrazón al no detectar la presencia viva que anhelaban. Pascal, envuelto en toses conforme el aire volvía a entrar en sus vías respiratorias, los apartó de un golpe y retrocedió varios metros.

Cuando se hubo recuperado, se asomó bajo su cama con la daga en la mano, pero ya nada lo esperaba.

Se había salvado... no sabía de qué.